

RESEÑAS

ARANA CAÑEDO-ARGÜELLES, J.: *Apariencia y verdad. Estudio sobre la filosofía de P.L.M. de Maupertuis (1698-1759)*, Ed. Charcas, Buenos Aires, 1990, 321 págs.

¿Se puede justificar una visión *teleológica* del mundo físico, a partir de una descripción simplemente *mecánica* como la de Newton, sin volver a introducir las aporías que ya se hicieron presentes en la tercera y última *Crítica del Juicio* kantiana, especialmente en la así llamada *crítica del juicio teleológico*? ¿Se puede seguir defendiendo una epistemología *racionalista-crítica*, a partir de un uso simplemente *formal* del principio de razón suficiente, sin dar lugar a los *dogmatismos* que ya Kant denunció como característicos de su inicial periodo *precrítico*? ¿Se puede, finalmente, admitir una apertura crítica a la metafísica, e incluso a la propia religión, a partir de un *empirismo radical*, como también ocurrió en Newton, sin volver a introducir las paradojas que ya se hicieron presentes en el *deísmo*?

Juan Arana opina que, a pesar de estos fracasos, hoy día se pueden seguir contestando afirmativamente todos estos interrogantes, siempre que se les dé un enfoque adecuado. Para comprobarlo ha dedicado esta extensa monografía a la polémica figura de P.L.M. de Maupertuis, la primera que se le dedica en castellano. La historia de la ciencia le otorga un papel destacado, aunque secundario, por su participación en la expedición a la Lapponia, que permitió confirmar el achatamiento de la tierra por los polos, así como por su formulación del principio mecánico de *mínima acción*. Sin embargo ahora se destaca su valor como filósofo "intuitivo" que, además de ser un buen "profesional", también supo adivinar las virtualidades heurísticas de la epistemología *racionalista-crítica*. Al menos, sospechó la posibilidad de lograr una síntesis mejor entre el método deductivo y el inductivo, así como entre Leibniz y Newton, sin conducir a la metodología a un callejón sin salida (cf. p. 105).

Por otro lado, Juan Arana conoce el terreno que pisa. Ha dedicado otras monografías al estudio del *racionalismo crítico* en la Ilustración, y más concretamente en el Kant *precrítico*, ya sea en general, *Ciencia y metafísica en el Kant precrítico* (Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1982), como en su primera obra de juventud, *Pensamientos sobre la estimación de las fuerzas vivas* (Peter Lang Verlag, 1989) (cf. mi reseña, en *Anuario Filosófico*, 1983 (16, 2º) p. 199-203; 1990 (23, 2º) p. 182-183). Frente al fracaso de Kant, ahora Maupertuis presenta la ventaja añadida de que nunca abandonó su empresa inicial, ni se desdijo de lo que el mismo había entrevisto de un modo un poco confuso, respecto a unos planteamientos que, según Juan Arana, al final habrían seguido el camino acertado.

A este respecto Maupertuis defendió "la validez de una filosofía continuista, donde la física y la metafísica no se reparten ámbitos cerrados, pero tampoco ejercen funciones dispares; ambas tratan de averiguar lo que el hombre puede al-

canzar en un mismo y único campo de objetos, los fenómenos; eso sí, cada una desde premisas y con objetivos diferentes, pero en definitiva tratando de lograr mancomunadamente un conjunto coherente de saberes y, si ello fuera posible, un sistema abierto a la totalidad inabarcable de determinaciones que pretende abrazar" (p. 264).

Para lograr este objetivo Maupertuis adoptó frente a los *fenómenos mecánicos* una doble actitud *racionalista-crítica* y a la vez *empírica-radical*, que le permitió comprender la doble dimensión inseparable de *apariencia* y *verdad* que, con posterioridad a Newton y Leibniz, presenta cualquier experimentación científica. Por un lado, su epistemología *racionalista crítica* le hizo ver cómo la naturaleza *mecánica* de los fenómenos empíricos requiere una previa intelección en sí misma falible de la totalidad inabarcable del universo físico que, además, ahora viene exigida por el simple uso formal de un principio de *razón suficiente*. Aunque evidentemente esta totalidad inabarcable ya no configura un sistema cerrado de determinaciones abstractas, sino más bien un *sistema abierto* a la pluralidad de lo *real*, que a su vez exige la comprobación de su *verdad* a través de las simples apariencias *fenoménicas*, por la aplicación de un principio de *probabilidad* simplemente *inductiva* (cf. p. 72 y ss).

Por otro lado, Maupertuis defendió un *empirismo radical* que le exigió criticar cualquier *metafísica apriorista* o *innatista*, que se pretende justificar con independencia de la verdad ya contenida en los propios *fenómenos mecánicos*. Sin embargo para lograr esta caracterización inicial de los fenómenos mecánicos hace falta tener una previa intelección *teleológica* del universo físico, en cuanto está regido por un principio de *mínima acción*. De igual modo que es necesario tener una determinada concepción *metafísica* previa al análisis de la propia experiencia, por ser una condición de posibilidad de esta misma experiencia. Precisamente este segundo aspecto de la filosofía de Maupertuis es el que, según Juan Arana, ha pasado más desapercibido por todos sus críticos, a pesar de ser el más interesante (cf. p. 128 y ss).

De todos modos el desarrollo en paralelo de estos dos análisis se va a retrotraer a un punto de partida inicial bastante desconcertante. Por un lado, la descripción de los fenómenos empíricos desde un planteamiento *racionalista-crítico* requiere la aceptación previa a un principio de *reduplicación* de este mismo tipo de experimentación científica. Con el agravante de que este principio ahora viene exigido por la aplicación simplemente *formal* de un principio de *razón suficiente*, sin ningún contenido "a priori" previo de orden transcendental. Por ello esta capacidad de reduplicación ahora se afirma como el principio *constitutivo* de los fenómenos empíricos, que a su vez permite explicar su posterior verificación intersubjetiva en una determinada situación experimental, a partir de un principio metodológico de *probabilidad simplemente inductiva* (cf. p. 73 y ss).

Por otro lado, el *empirismo radical* sólo puede captar la *verdad* total contenida en la simple apariencia de los *fenómenos mecánicos*, si a su vez los analiza desde una concepción *metafísica* más profunda que excede claramente el ámbito de la experiencia de donde se tomaron. Sólo así se puede comprender como estos *fenómenos* empíricos se rigen desde dentro de sí mismos por un principio *teleológico* de *mínima acción*, que a su vez rige y se hace presente en todas y cada una de las relaciones *inerciales*. De este modo se pone de manifiesto como no puede haber un conocimiento empírico intersubjetivo, sin la aceptación previa de un principio de *reduplicación*. De igual modo que tampoco puede haber relaciones *mecánicas* inerciales, sin la justificación inicial de un principio *teleológico* de *mínima acción*, que a su vez explica el carácter *irreversible* de las tres fases de todo

proceso natural: la situación inestable inicial, el choque irreversible posterior y los movimientos inerciales subsiguientes, regidos por un principio de *mínima acción* (cfr. p. 164 y 183).

Para lograr estas conclusiones finales la investigación se divide en cinco capítulos. El primero narra la vida de un extranjero católico en la corte de Federico de Prusia, así como sus relaciones con Bernoulli, y Voltaire, con una especial referencia a su polémica actitud religiosa. El segundo se dedica a su peculiar justificación *empírica* de las matemáticas desde una epistemología *racionalista-crítica*, que a su vez rechaza las posturas aprioristas e innatistas.

El capítulo tercero describe el paso desde la astrofísica a una nueva epistemología *racionalista-crítica*. Se revisan así las relaciones de incompatibilidad recíproca que el racionalismo y el empirismo habían establecido entre sus respectivos sistemas teóricos y su específica metodología experimental, así como entre el lenguaje y la propia observación empírica. Por este motivo se defiende la validez de un método *hipotético-deductivo*, que trata de mediar entre el método deductivo de Leibniz y el método inductivo, o *transductivo*, de Newton, por la aplicación simplemente formal de un principio de *razón suficiente*, sin imponer ningún contenido "a priori" previo. Sólo hay una excepción, la *reduplicabilidad* de los propios fenómenos empíricos, o *mecánicos*, que ahora se afirma como una condición de posibilidad de su propia verificación intersubjetiva a través de un método de simple *probabilidad inductiva*.

El capítulo cuarto reconstruye el paso desde la mecánica a una *metafísica aún más autocrítica*. Así se pretende evitar el recurso a principios teóricos de orden *extrafenoménico*, que ya no se pueden justificar desde un *empirismo radical*. Sin embargo ahora se comprueba como la simple descripción *mecánica* de los fenómenos empíricos conlleva la aceptación previa de un universo *teleológico*, que ya no es *extrafenoménico*, sino que está inserto en los fenómenos mismos, por cuanto se unifican en nombre de un principio de mínima acción.

El capítulo quinto da un último paso desde la biología a una *ética cristiana*, que ahora se afirma como la única opción válida que le queda a una interpretación *teleológica* del universo físico frente al materialismo mecanicista, al vitalismo animista y al propio estoicismo. La investigación concluye, finalmente, con una *historia de las interpretaciones* que posteriormente se han propuesto de la filosofía de Maupertuis. Frente a las críticas habituales de oportunismo y de falta de coherencia, ahora se defiende la posible compatibilidad de puntos de vista tan contrapuestos. De todos modos sus propuestas siempre se mantuvieron en un nivel filosófico "intuitivo", sin pretender alcanzar un sistema perfecto cerrado en sí mismo.

Como contrapunto crítico final, sólo quiero referirme a las asombrosas anticipaciones de orden epistemológico y físico propuestas por Maupertuis. En este sentido sus análisis del principio de *reduplicación*, de *probabilidad inductiva* y de *mínima acción* son verdaderamente revolucionarias para la época en las que se formularon. Ello se comprobará cuando pasen de moda las soluciones *transcendentalistas* y *psicologistas*, que fueron tan frecuentes a raíz de la *crítica del juicio teleológico* kantiana, sin poder evitar la aparición de planteamientos aún más aporéticos, ya denunciados por Maupertuis, por recurrir a un "como si" ("als ob") hipotético externo a los fenómenos mismos. De igual modo que de algún modo se adelantó a la línea de investigación seguida posteriormente por Peirce, o por la teoría moderna de la probabilidad (cfr. mis reseñas en esta misma revista sobre Peirce y Rivadulla), en la medida que también fueron un precedente inmediato de Einstein.

De todos modos hay que tener en cuenta que se trata de un precursor, que solo consiguió una solución "intuitiva" de los problemas, a golpes de ciego, sin que sus propuestas de un *empirismo radical*, o de una *metafísica autocrítica*, se puedan tomar al pie de la letra como definitivas. Sólo se pueden admitir como una crítica interna a las ideas fenomenistas y mecanicistas desde dentro de ellas mismas, sin considerarlas como la última palabra filosófica sobre el tema. Última palabra que, como ahora indica reiteradamente Juan Arana, ya no estaría ni en la filosofía de la religión del deísmo, que tampoco se excluye, ni en una epistemología transcendental cerrada en sí misma, sino más bien en una *filosofía primera*, o teoría de los primeros *principios* y de los distintos tipos de *acción*, que llevaría a cabo un nuevo análisis metafísico de los *fenómenos empíricos* desde dentro de sí mismos.

Carlos O. de Landázuri

BARCO COLLAZOS, J.L. del: *Platón. Teoría de las Ideas*, ed. Edinford, Málaga 1991, 266 págs.

Como todo pensador genuinamente clásico, Platón no ha dejado nunca de ser actual. Ajeno a los vaivenes y modas intelectuales, ha resistido victoriosamente el paso del tiempo. De ahí que el interés por su obra, una de las más altas expresiones del pensar humano, se haya mantenido sin apenas variaciones durante veinticinco siglos. La resistencia de sus ideas al envejecimiento, la frescura de un pensamiento perpetuamente vigente capaz de inspirar generación tras generación a pensadores y estudiosos, la hondura y vigor intelectuales de uno de los grandes maestros del género humano llevaron a Hegel a considerar a Platón como "una de las figuras histórico-universales, y su filosofía una de esas existencias de la historia universal que, desde su mismo nacimiento, ejercen la más importante influencia sobre todos los tiempos venideros en cuanto a la formación y al desarrollo del espíritu".

La mejor prueba del interés por la figura y la obra del filósofo ateniense es el ingente número de estudios que se le han dedicado. Los más importantes han ido dirigidos a esclarecer la teoría de las Ideas, el núcleo metafísico de su sistema, el fundamento sobre el que se levantan los demás orbes temáticos, desde la ética y la política hasta la teoría del arte, las doctrinas cosmológicas o la concepción del estatuto epistemológico de las diversas ciencias. El principal empeño de los grandes estudios alemanes de principios de siglo, especialmente los de Natorp (1903), Willamowitz-Moellendorf (1909) y Ritter (1910), así como el de los prestigiosos platonistas ingleses, franceses e italianos –L. Robin (1908), Taylor (1926), Festugière (1950), Reale (1984), etc.– ha sido determinar con precisión el significado último de la metafísica ideal platónica. En nuestra lengua abundan también las investigaciones sobre los más variados aspectos de la filosofía platónica. Sin embargo, son muy escasos los que abordan directamente y se proponen como objetivo exclusivo investigar la teoría de las Ideas. Esta laguna quiere llenar la obra de José Luis del Barco, que reúne en excelente síntesis claridad expositiva, rigor y hondura argumentativos y un vastísimo conocimiento de las fuentes y la bibliografía secundaria, tanto de la ya consagrada y reconocida como de la más actual.